

contraponer la noble figura del «caballero andante» a la del exitoso y vacuo «cortesano».

Entre uno y otro plano, el ontológico y el crítico, Luis Sáez va intercalando un tercer tipo de discurso, que adopta la forma de breves diálogos entre el propio autor y un anónimo e insidioso interlocutor que le va poniendo objeciones a cada paso. En este tercer plano, el autor toma distancia con respecto a sí mismo y trata de adoptar una cierta posición excéntrica, en parte para relativizar, aligerar e incluso ironizar sobre el tono especulativo de su otro discurso, pero en parte también para justificar la legitimidad y la necesidad del mismo, frente al dominio del cientificismo y frente a la imperante «ficcionalización del mundo». Esto muestra la capacidad de descentramiento crítico del autor, pero también es síntoma de una situación, sobre todo en el ámbito hispano, en la

que el pensamiento filosófico debe defenderse a sí mismo, a cada paso que da, en cada trance de su arriesgado recorrido, para poder ser ejercitado públicamente con la máxima libertad y con el máximo rigor posibles.

Y eso es precisamente lo que nos ofrece Luis Sáez en este libro: un ejercicio público de pensamiento libre y riguroso. Se trata de una obra densa, exigente y original, escrita con paciencia y con pasión, a la vez muy meditada y muy comprometida. Su lectura puede ayudarnos a comprender con mirada heraclitana el «ser errático» de la vida humana, y al mismo tiempo puede ayudarnos a resistir, como el buen «caballero andante» Don Quijote de la Mancha, el dominio aparentemente irresistible de la «sociedad estacionaria».

Antonio Campillo

SARTRE, Jean-Paul: *Mallarmé. La lucidez y su cara de sombra*, traducción y prólogo de J. M. Aragüés, Madrid, Arena Libros, 2008.

«Mágicos nenúfares cerrados...
envolviendo en el hueco de su
blancura una nada»

(Mallarmé, *El nenúfar blanco*).

El presente libro recoge dos textos de Sartre sobre Mallarmé escritos en los años cincuenta. En esta época de transición el autor estaba incubando el paso del existencialismo individualista de *El Ser y la Nada* al marxismo crítico de la *Crítica de la razón dialéctica*, como muy bien señala J. M. Aragüés, especialista precisamente en esos años intermedios de Sartre. Estos textos son ejemplos de lo que podríamos denominar una 'biografía existencial', tipo específico de escrito que nuestro autor dedicó a Baudelaire (1947), Genet (1952) y Flaubert (1971-72). En estas biografías existenciales se trata

de analizar la obra del autor en relación con su contexto, pero no derivándola del mismo de manera mecanicista. Como dice de nuevo Aragüés. «Frente a un marxismo que se ha olvidado de la subjetividad y unos idealismos que han abolido el contexto social, el existencialismo sartriano pretende precisar la relación entre ambos factores». Esta relación entre la subjetividad del autor y el contexto social permite entender al autor como «el efecto singular de la colisión de la época y de los caracteres subjetivos que le son propios».

El contexto en el que surge la obra de Mallarmé, y podríamos decir incluso la literatura moderna, es el de la revolución de 1848; revolución que si bien en el aspecto político no triunfó del todo, sí produjo, en cambio, en el campo cultural e ideológico, un fenómeno

decisivo: la caída como tema de la poesía del Hombre y Dios. La conciencia generalizada de que Dios ha muerto abre la puerta a la idea de que, desaparecida la causa necesaria, no quedan más que los efectos contingentes y azarosos, incluido el hombre. El Universo se disloca y el hombre comienza a presentir «su secreta mineralidad». El triunfo de la burguesía sobre la aristocracia la lleva a la convicción, terrible, de que ella misma es transitoria, que es una «clase media tanto en el tiempo como en el espacio».

La poesía al perder sus temas clásicos se encuentra ante el dilema de que ya que se da cuenta que no es criatura no lo queda más remedio que convertirse en creadora. Y así surge, precisamente, esa utilización específica del lenguaje que denominamos literatura, y que, como muy bien supo ver Foucault, significa un uso autónomo del lenguaje que compensa más que confirma su uso significativo. Pensar la literatura supone dejar de pensar el lenguaje como significativo y centrarse en el ser puro del lenguaje; resignarse a que no hay ya palabra primera, a que el lenguaje crece «sin punto de partida, sin término y sin promesa». La literatura es un discurso que retiene el ser del lenguaje y lo libera para sí mismo. La literatura se da como el acto puro de escribir, remitiendo el lenguaje que analiza a la gramática y que sirve como vehículo de significación y comunicación al «poder desnudo de hablar», un hablar en el que explota «el ser salvaje e imperioso de las palabras». La literatura se basa en la intransitividad radical del lenguaje, ya que su discurso tiene como contenido fundamental «el decir su propia forma». Mallarmé es, precisamente, uno de los primeros que descubre la palabra en su poder, un poder, por otra parte, impotente¹.

La literatura, hija de la burguesía como las ‘bellas letras’ lo fueron de la aristocracia, quiere, sin embargo, mantener privilegios aristocráticos en un mundo prosaico dominado por el dinero y lo hace mediante el elitismo que se concreta en el malditismo, el decadentismo y la crítica del filisteísmo reinante en su época. La literatura surge como un experimento cultural para unos pocos que no busca el éxito del público sino que más bien lo desprecia. Estos poetas, según Sartre, «adoptaron todas las categorías negativas del fracaso de la recriminación, prefiriendo al Presente el Pasado, al Artificio la Naturaleza, el Deseo a la saciedad, al Deseo la indiferencia». Sienten su época como un umbral, son conscientes de que un mundo acaba, pero, ante la duda, de lo que viene, (quizás el socialismo) rechazan el Progreso, por burgués, y se refugian en el cultivo de la Decadencia, que consideran signo de aristocracia y elitismo; sin darse cuenta de que lo que llaman aristocracia del espíritu no es más que «la sublimación de las virtudes burguesas».

En este contexto, Mallarmé pertenece a la clase de los funcionarios poetas, aquéllos que pueden cultivar el nihilismo como poetas debido a su conformismo como funcionarios. El aburrimiento, de clara estirpe baudelaireana, la melancolía, el amor por lo marchito, por lo antiguo, lo languidecer (el otoño, el atardecer, las épocas decadentes como el final de Roma), el rechazo de todo lo que suene a naturaleza, incluido el sexo, la frialdad extrema del cerebro unido a la exaltación retórica de la pasión, la sublimación de la esposa en la hermana, el gusto por el fracaso y el nihilismo, son, según Sartre, algunos de los elementos de la época que resuena en todos los poetas y especialmente en Mallarmé.

Desde su infancia de huérfano prematuro Mallarmé ve su ser en el mundo como un

1 Cf. M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1971, pp. 51-52, 124, 293.

exilio y su propia vida desde una «irremediable experiencia de fracaso». A partir de la experiencia de la muerte de su madre, nuestro poeta «considera el desarrollo de su propia vida desde el punto de vista de su propia muerte». Establece una distancia protectora respecto al mundo circundante, incluida su familia y su medio social. Más que hacer saltar el mundo «lo pondrá entre paréntesis». Será, precisamente, esa distancia respecto de las cosas, lo que pretende expresar en sus versos. Y aquí aparece el recurso al lenguaje como el medio que permite, por una parte, destruir el mundo existente, y por otra, recrearlo de nuevo. El poeta, como nuevo Adán, al nombrar las cosas las anonada, las destruye como existentes y a la vez, las crea de nuevo a través de las palabras. La poesía será un deber, un imperativo categórico, el «deber de recrearlo todo», de recrear todo con reminiscencias. Abandonando la Verdad a la ciencia, el poeta se refugia en la Belleza, una belleza que destaca de las palabras su inutilidad. El poeta se refugia en su Obra pero la propia obra se muestra al fin como una imposibilidad y en esa tesitura «Mallarmé convirtió su fracaso personal en imposibilidad de la Poesía; y luego, por una nueva inversión, transforma el Fracaso de la Poesía en Poesía del Fracaso». En Mallarmé, como en el resto de su generación, el fracaso personal se transforma en un fracaso histórico, incluso cósmico. La fuente del fracaso de Mallarmé era su obstinación en que la poesía siguiera siendo trascendente cuando ya había desaparecido la fuente de toda trascendencia: Dios. Sólo el lenguaje tiene la capacidad de intentar, gracias a la

evocación de la ausencia, el ocultamiento de la propia ausencia. La fuerza del lenguaje radica en su no ser, como recuerda Blanchot citado por Sartre, en su capacidad de evocar la ausencia de todo en su propia ausencia. El poema es una nada, un hueco, excavado en el Ser, una ausencia capaz de revelar por alusiones el ser del mundo. A pesar de que Aragüés afirma que mientras que el Baudelaire está más cerca de *El Ser y la Nada*, el Mallarmé anuncia ya la *Crítica de la razón Dialéctica*, es imposible no reconocer aquí la dialéctica entre Ser y la Nada, el poema como ejemplo de nada, como hueco, como ausencia, que se excava en el ser un hueco y que tiene además la capacidad de evocar al propio mundo a partir, precisamente, de su inanidad. Sin embargo, Sartre concluye recordándonos que la última palabra de la poesía de Mallarmé es la Nada. El poema es el suicidio del hombre y de la Poesía lo que conlleva que el momento de la plenitud poética coincida con el momento de la anulación, de manera que, en último término, «la verdad alcanzada por estos poemas es la Nada». La Obra concluye en Nada: la Poesía se destruye críticamente a sí misma. El nihilismo abierto por la muerte de Dios no ha podido ser compensado por la Poesía y, sin embargo, quizás sea ese juego gratuito con el lenguaje que es la literatura uno de los pocos medios para introducir un poco de sentido en ese desierto en que se ha convertido el mundo, una vez que el Dios lo abandonara.

Francisco José Martínez
UNED (Madrid)